"Cuentiembre - Kathe Mera P." Algodón de Azucar"

Katherine Mera Pereira /MorlaKa

Capítulo 1

"Cuentiembre - Kathe Mera P."

Quinto cuento #Cuentiembre

"Algodón de Azúcar"

Teníamos 16 años, nuestro primer encuentro fue planeado por cupido, el cruce de miradas fue tan fuerte que no podíamos dejar de mirarnos, yo era la chica nueva en un colegio mixto y venía de una formación religiosa, en donde la enseñanza la impartían monjas. La institución educativa era solo para niñas, no fue fácil soportar 7 años de primaria y 3 de secundaria bajo la tutela de las novicias voladoras, la filosofía formativa no se ajustaba a mis intereses.

Al terminar el verano de 1987, la monja superiora nos convocó al rectorado y debía asistir acompañada por mis representantes, la reunión era para informarnos que la matrícula de ese año lectivo sería condicionada debido a mis promedios de conducta para poder continuar educándome en la famosa institución. Debía firmar un papel comprometiéndome a mantener una disciplina intachable, en vista de que el bachillerato era la etapa crucial de la carrera estudiantil de cualquier persona de 16 años, era el paso para conseguir un trabajo al culminar la carrera y el camino de responsabilidad para iniciar la universidad. El bachillerato era cosa seria para gente madura, gente lista para asumir las responsabilidades de la vida.

Entre mi ego y la rebeldía de no someterme a las arcaicas normas hegemónicas de una educación conservadora, segada por la religiosidad, no me permitían limitarme a mí misma con el compromiso de mi rúbrica estampada en un papel, en el que aceptaba comportarme como una princesa programada por chip de un modelo caduco y casi robótico. La travesuras de mi adolescencia se pueden catalogar dentro de los cánones normales de la juventud, no era una chica problema ni conflictiva, era simplemente yo, inquieta y juguetona. Ante la negativa de imprimir mi nombre en ese célebre documento, mis padres me apoyaron y el cambio de colegio era inminente. El nuevo plantel educativo era mixto y honestamente me sentí abandonada y temerosa el primer día de clase.

El destino estaba escrito, ahí estábamos frente a frente el Gus y yo, fue amor a primera vista, flechazo perturbador, de esos que le hacen perder a uno el norte. El primer amor de mi vida. Comenzamos con una amistad que duró casi 2 meses, la típica relación de buscarnos con cualquier pretexto ya que no éramos compañeros de salón.

Cada día él me esperaba al terminar la jornada de estudios en la puerta de mi aula y caminábamos juntos hasta el bus escolar, conversábamos de las materias y los profesores, los apodos y las típicas burlas estudiantiles propias de la edad, el Gus cargaba mi mochila hasta la primera parada del recorrido, ahí me quedaba yo y él iba casi hasta la última parada. Todas las tardes, cada día, pasábamos colgados en el teléfono hablando de todo y nada, lo que yo más adoraba de es que reíamos sin parar todo el tiempo que pasábamos juntos, aprendimos a comunicarnos con un humor fino y casi negro, el sarcasmo estaba al orden del día en nuestras charlas.

Hasta que llegó el día de la declaración de amor, fue exactamente un 10 de diciembre de 1987, Gus llegó a las 16:00 a mi casa bañado y perfumado, era uno de los chicos más guapos del colegio, habíamos quedado en salir ese día a tomar un helado. Yo sentía que el corazón se me desbordaba y estaba muy nerviosa. Él me gustaba no solo físicamente, era esa complicidad que habíamos alimentado con el pasar de los días y sus sentimientos me llenaban el alma, no sé si él notó mi inseguridad o estaba más perturbado que yo. Abrió la puerta del coche como los caballeros de antaño, mientras nos trasladábamos a la heladería casi no hablamos.

Cuando llegamos a la famosa heladería "Holanda", abrió la puerta de su auto, me invitó a pasar al lugar y acomodó mi silla, no sabía si estaba soñando o si ya debía despertar. Luego del clásico interrogatorio de cómo estuvo el día, el camarero se acercó y nos tomó la orden, copa "los enamorados" dijo Gus. Era una enorme copa de helado de vainilla, chocolate y fresa, adornada con frutos, arrope de mora y unas sombrillitas de papel estilo oriental. Cuando el mesero se retiró Gus tomó mi mano y me dijo que estaba locamente enamorado, que me quería en su vida y que si aceptaba ser su enamorada. Sentí que el piso se hundía y no sabía que responder, quería decir si, pero la formalidad en aquellas épocas no permitía dar una respuesta inmediata, porque eso lo hacían únicamente las chicas de no muy buena reputación. Como la norma de protocolo no me permitía lanzarme al cuello, mi respuesta fue que él era un chico encantador y que lo iba a pensar.

Tomamos el helado de la gigantesca copa para dos, hablamos de las cosas cotidianas del colegio, él era muy bueno remedando a los profesores y esa tarde reímos hasta que los músculos de la cara dolieran. De regreso a la casa puso un casete de cinta y me dedicó una canción de los Hombres G, "Si yo no te tengo a ti"… al despedirnos preguntó, cuando me darás la respuesta y le respondí mañana, al salir del colegio. No sé para que uno tenía que ceñirse a esas formalidades de absurdos patrones, si la respuesta estaba ahí más que evidente, más que obvia.

Al día siguiente fui al cole, más arreglada que nunca, sentía que brillaba con una luz radiante, el mundo era mío y mi corazón ya le pertenecía a ese chico de enormes ojos negros, cabello rizado negro, tez blanca y

reluciente sonrisa amigable. Él tenía el alma de un niño, diáfana y honesta. Los sentimientos que brotaban de su interior eran puros y nobles, era casi perfecto así de dulce y suave como un algodón de azúcar. Y yo me sentía la joven más dichosa sobre la faz de la tierra.

A eso de las 13:00 todas mis compañeras de curso ya sabían que los nervios que me carcomían y la razón un sí, un simple sí que desordenaba mi existencia. Cuando salí del salón de clase Gustavo ya estaba ahí, pienso que más frenético que yo. Saludamos y comenzamos a caminar despacio, me tomo la mano y me preguntó ¿Qué has pensado? le dije sí, sí quiero intentar contigo y ser tu enamorada. Apretó mi mano y ese día no tomamos el recorrido del bus escolar, caminamos a mi casa que estaba a 20 minutos del colegio circulando despacio, pero realmente nos demoramos una hora. Me dejó en la puerta y ahora que recuerdo su casa su estaba lejos casi al otro extremo del sur de la ciudad, las cosas que uno hace por amor, debió tomarle una hora más llegar a su casa .

Nuestros días transcurrieron entre el colegio, un romance de juventud, las fiestas de 15, los conciertos de bandas colegiales y las actividades propias de la edad, éramos realmente felices, a pesar de nuestra corta edad nos complementábamos el uno al otro. Nos apoyábamos en las crisis, las tareas, los berrinches y en las típicas discusiones con los padres en las que te siente desdichado e incomprendido. Fue el romance más puro e inocente que he vivido, dos locos enamorados que compartimos los mejores años de la juventud.

Un día de agosto de 1995 llegó a mi casa todo apurado, me dio un beso y me dijo que era el último porque se iba de viaje, unos días a la playa, que dejaba algo para mí con su mamá. Comentó que este instante era el inicio de una nueva vida, juntos para siempre que a partir de ese segundo jamás se apartaría de mi lado, que cuidaría de mí por el resto de mis días. Se despidió y a pesar de que no entendí en ese momento su mensaje tenía la certeza de que él me acompañaría el resto de mi vida.

6 días después, mi padre llegó a la casa en un horario inusual, estaba acongojado y sumamente triste, se sentó a mi lado, me abrazó y me dijo tenemos que ir a la clínica porque Gustavo sufrió un accidente automovilístico y se encuentra en un estado crítico. Mi papá era médico así que teníamos fácil acceso a cualquier piso de la clínica, llegamos a su consultorio y me entregó una bolsa de papel y me dijo cámbiate de ropa, a pesar de que la mudada era de color negro, no me llamó la atención, generalmente yo vestía de negro, los 80 y el rock marcaron mis tendencias y mi look.

Cuando llegamos a la clínica yo sabía que algo no cuadraba, pero mi angustia por verlo y saber cómo estaba mi novio era mayor. Cuando tomamos el ascensor no nos dirigimos a hospitalización y el asesor comenzó a descender, sentí que me faltaba el aire y que mi cuerpo no

respondía, cuando se abrieron las puertas llegamos a la morgue y la madre de Gus vestida de luto se abrazó de mi tan fuerte que aún no lograba asimilar lo que estaba viviendo. El amor de mi vida murió un 7 de agosto de 1995 y se quedó por siempre guardado en mi corazón, ahí en esa equina en la que se fabrica algodón de azúcar, han pasado 20 años y seguirá siendo el mejor y más puro recuerdo de amor.

Días después del sepelio su madre me entregó una carta, escrita por Gus 10 días antes del fatal accidente, las letras más tristes y románticas que he podido tener en mis manos, no sé cómo ni porque las personas presienten la muerte, Gus sabía que no iba a estar físicamente nunca más y que su despedida debía ser así, simple y fugaz, como él, como su vida.